

## TRES ESPECTACULOS EN LONDRES:

### Marta Graham, Ionesco por Alec Guinness y la Familia Trapp

## TEATRO

## UNA AUTORA AMERICANA Y DOS "DE CASA" ESTRENAN EN MADRID

**H**E buscado tres espectáculos «clave» de la vida teatral londinense en estos comienzos de temporada. De incluir un cuarto, pondría la nueva obra de Terence Rattigan en la que Charles Boyer ha conseguido un señalado triunfo. El actor francés realiza periódicas temporadas en Broadway y el clima general del mundo de Rattigan cuadra perfectamente a su sentido de la interpretación. Prefiero ceñirme a comentar los siguientes espectáculos: Compañía de Marta Graham, «El rey se muere», de Ionesco, y «The sound of music», comedia musical de Roger y Hammerstein.

Marta Graham, la gran revolucionaria del ballet de hace muchas décadas, llevaba bastante tiempo sin venir a Londres. Me han dicho que la última vez que actuó pasó un tanto sin pena ni gloria. Cuesta creerlo, porque ahora, apenas anunciar su nombre, se formaron largas colas en el teatro. La compañía ha actuado durante dos semanas y las localidades se han agotado todos los días.

Marta Graham está ya muy vieja. Sólo con un talento prodigioso puede justificar sus salidas a escena. Ya no baila. Unos pasitos, una riqueza mimica, un gran sentido del humor o una capacidad para expresar lo patético, resumen cada una de sus intervenciones. El público la contempla con un respeto reverencial. Cuanto hace tiene un eco inmediato, una sonrisa o un gesto de angustia en el espectador. Al final, a Marta Graham la aplauden durante minutos y minutos, sin que ella acepte salir sola a saludar ni una sola vez. Veinte, treinta subidas de telón. Y la anciana Marta Graham, operada por cirujanos de estética más de una vez, sonríe cogida de las manos de sus bailarines, sonrisa de sus grandes ojos. Inclinación de cabeza y vuelta a empezar.

Desde luego, su revolución fue poderosa y definitiva, su compañía es la fuente de muchas corrientes del ballet contemporáneo. Supresión de los zapatillos. Pies descalzos. Ropa muy ceñida, como «maillets» de baño, para las mujeres. Pecho y espalda descubierta para los hombres. Maquillaje caprichoso, para subrayar, con cierto valor de máscara, el carácter del personaje.

Ballets de muy diverso género, que pueden englobarse en tres grupos. 1) Aquellos que muestran el ritmo y la línea de los movimientos corporales: ballets puramente geométricos, de una maravillosa concordancia con las líneas melódicas. 2) Ballets de significación trágica. Son ballets de un patetismo simple, directo, al estilo —por citar un ejemplo conocido en España— del que montó Bejert sobre música de Villalobos. Había uno expresando la soledad del hombre —su vivir demitificado— después de ser arrojado del Paraíso que no olvidaré nunca. 3) Los ballets de significación cómica. No se trata de servir argumentos o ideas argumentales de este carácter. Sería demasiado fácil e impropio del talento de Marta Graham. Se trata de mostrar la comicidad de muchos movimientos humanos. El juego de las actitudes trágicas y las composiciones románticas se convierten en fiesta de patitos fecos. El movimiento humano tiene su línea cómica, y lo sorprendente es que pesa cerca de la trágica. Los bailarines recogen a las bailarinas en su ingravido salto. Una pierna desarmónicamente colocada y estalla la risa del público. Es un gag, un chiste balletístico. Una profundización sagaz y humanizadora en el coro de sílfides y príncipes azules. Son hombres que nos hacen reír con sólo moverse.

En resumen: una compañía y un público formidable. La revolución de Marta Graham es de las que cubren un largo período.

En el Royal Court, después de la obra de Wesker —que comentaba en un número anterior—, han presentado «El rey se muere», de Ionesco. La dirección es de George Devine, el «hombre fuerte» del Royal Court Theatre, cuya rectoría artística comparte con Tony Richardson —ahora metido en el cine donde ha realizado, últimamente, «Tom Jones», con guión de Osborne, y el «Requiem por una mujer», de Faulkner—.

Por cierto que en «Tom Jones», una inteligentísima película, trabaja George Devine interpretando uno de los principales personajes.

«El rey se muere» lleva mucho público al Royal Court. Durante las tres semanas inmediatas al estreno no saldrá una sola localidad a la venta. ¿Fuerza de Ionesco? ¿Fuerza sólo de Alec Guinness que interpreta al protagonista? Todo se apoya entre sí: el Royal Court, Ionesco y Alec Guinness.

Es el drama de la postrimería. El personaje elegido es un rey, pero evidentemente la pieza nada tiene que ver con el naturalismo. Ionesco ha elegido un rey porque la obligada renuncia final tiene en su caso un patetismo más evidente. Pero ese rey, que ha de enfrentarse con su muerte, es cualquier hombre afrontando la muerte de sus razones para vivir.

Que el palacio sea sorprendente, que los personajes acusen siempre rasgos de cierta incoherencia inmediata, que se vayan o vuelvan a su antojo, todo eso entra dentro de la estética Ionesquiana, de la que, al final, quizá sea lo mejor ese lado de imaginativismo desesperado y furioso. Esa irritación contra las convenciones que establecen «la normalidad».

La representación es impecable en muchos aspectos. Sin embargo, creo que ni Devine ni Guinness alcanzan a penetrar el mundo demoníaco de Ionesco. Hay un rigorismo cerebral y académico que se traduce en frialdad. Y quizá en una desvalorización de la pieza. Ionesco escribe con la imaginación antes que con la reflexión y una versión reflexiva de su teatro puede descubrir trampas donde realmente no las hay.

La obra había sido presentada en el Festival de Edimburgo, al que, por cierto, acudí Conchita Montes representando al teatro español en las reuniones de escritores y gentes del teatro europeo.

Es seguro que «El rey se muere» permanecerá en el Royal Court varios meses. A lo mejor, hasta que una película de Alec Guinness haga imposible continuar con las representaciones.

El tercer espectáculo ha sido una comedia musical, «The Sound of Music», que lleva varios años en cartel. Es la historia de la Familia Trapp, con sus niños cantores, su aire color de rosa y su espectacularidad a lo «Sissi».

Nada de aprender aquí. O quizá mucho. Blandura, decorados barrocos, piso azul, focos móviles para los protagonistas. Todo negativo por este lado. Pero luego resulta que los niños cantan muy bien; que los protagonistas, además de guapos y simpáticos, cantan, y que para unos himnos religiosos sale un coro de diecinueve personas, a varias voces, excelente.

**D**E los tres estrenos habidos en la semana, uno fue español; otro, norteamericano, y el tercero, por ser su autor argentino e hijo de españoles, lo consideraremos del mejor grado como cosa nuestra. El autor de casa fue, naturalmente, Alfonso Paso; el americano, es una mujer, Jean Kerr; el argentino, que firma Peñafiel, es, en realidad, Narciso Ibáñez Serrador, de ilustre familia de comediantes.

Alfonso Paso, de la mano de Isabel Garcés, nos ha ofrecido una comedia muy larga y no muy bien construida en que se acumulan, unas veces con orden y otras sin él, los elementos más variados y de más diversa procedencia. Resulta ya pesado señalar los orígenes de estos esqueletos, de estas envenenadoras, de estos chiflados y hasta de estos supuestos vampiros. Una reciente jarta de Millán, en que muchos de estos ingredientes se manipulaban con bastante gracia, hizo a la comedia de Paso muy poco favor, porque el público no podía menos que recordarlo. Pero eso hubiera carecido de importancia si la comedia de Paso no llegase a pesar y, sobre todo, si su diálogo hubiera estado a la altura del de otras comedias del autor. Casi siempre hay que introducir en las críticas un párrafo en que se garantiza al lector que el diálogo es divertidísimo. Pues bien: esta vez, el párrafo compuesto de antemano queda sin uso inmediato (esperemos que pronto hayamos de echar mano de él), porque «Las mujeres los prefieren pachuchas» (que éste es el poco afortunado título de la comedia) no abunda, precisamente, en ingeniosidades y aciertos verbales. Vaya nuestro elogio para Isabel Garcés y Mercedes Muñoz Sampedro, destacadas entre los restantes intérpretes.

Conchita Montes, que se ha hecho cargo del Valle Inclán, tradujo y representa una comedia de Jean Kerr titulada «Mary, Mary», con Fernando Rey, Tere del Río, Paco Muñoz y Gregorio Alonso. La dirección de Adolfo Marsillach se advierte desde que se levanta el telón: en los movimientos, en los matices de voz, en los gestos, en la colocación de los actores. Por lo pronto, esto nos permite registrar una interpretación excelente. En cuanto a la comedia, si su tema y personajes no son cosa del otro jueves, está escrita con enorme habilidad, y su diálogo es graciosísimo. Da gusto ver la naturalidad del desarrollo, y el ingenio de algún truco que otro a que la autora acude. Está bien, se pasa un buen rato, y no proporciona quebraderos de cabeza.

La comedia de Peñafiel (Narciso Ibáñez Serrador) se titula «Aprobado en inocencia», y revela el enorme conocimiento que el autor, nacido en el teatro, tiene de las cosas teatrales. Conocimiento que puede incluso resultar peligroso si inclina al joven y afortunado autor al virtuosismo. Muchas veces nos hemos quejado de que comedias con pretensiones de trascendencia no sean más que obras mal hechas. Pues, ante obras como la de Ibáñez, nos sentimos casi tentados de quejarnos de todo lo contrario. Cuando se sabe hacer una comedia tan a la perfección, quizá no importe la materia dramática, ya que, sea ésta cual sea, el autor está seguro de manejarla de tal manera que el éxito quede garantizado. Y parece que la práctica viene a darle la razón, ya que pocos estrenos han sido recibidos con tantos aplausos como éste. Ahora bien, ¿no existe la realidad, no existe la vida para Narciso Ibáñez? ¿No existe tampoco la imaginación libre, la fantasía poética? En cualquiera de estas direcciones, el habilísimo autor y gran actor puede orientar su producción futura, que deseamos ver libre de tanta influencia libresco.

Pepita Serrador, que trabaja con la pasión de una madre, puso una vez más de manifiesto su gran talento, la riqueza de sus recursos y su enorme simpatía humana. El autor de la comedia, discípulo indiscutiblemente de Diderot, creó un personaje impecable y lo interpretó con altura y señorío. Carlos Casaravilla y otros actores y actrices colaboraron eficazmente hasta conseguir entre todos un trabajo irreprochable.